

Noticias desde el valle

Stefan Brijs

An extract

Original title Berichten uit de valle
Publisher Atlas Contact, 2020

Translation Dutch into Spanish
Translator Julio Grande Morales

© Stefan Brijs/Julio Grande Morales/Atlas Contact/Flanders Literature – this text cannot be copied nor made public by means of (digital) print, copy, internet or in any other way without prior consent from the rights holders.

Aviso al lector

La cabaña donde escribo se halla en medio de la ladera de una loma. El gran ventanal de la parte delantera ofrece una bella panorámica de un amplio valle en el que pueden apreciarse tanto los olivos más viejos -- ejemplares de cientos de años o más-- arbitrariamente dispersos en sus parcelas, con los troncos retorcidos y las amplias copas abiertas en forma de abanico, como los más jóvenes, dispuestos en apretadas filas y transformando así el paisaje de manera lenta pero segura en un conjunto uniforme. Entre los olivares, quedan terrenos de tierra baldía y unos pocos campos de cultivo, dorados en la temprana primavera, rojizos y herrumbrosos el resto del año. Al fondo, sobre ondulantes colinas, se alza una sierra grisácea que alcanza los seiscientos metros de altitud y cuyas montañas llevan nombres tales como Chamizo, Peña Negra, Doña Ana, El Fraile y Tajo de Gómer. En la parte inferior izquierda del valle está Loma León, una aldea constituida por unas cuantas casas, entre las que se encuentra la mía. Detrás se alza la Peña de Hierro, una poderosa formación rocosa que parece haber sido arrojada sobre la tierra como los restos de un naufragio durante un temporal, para luego ir cubriéndose poco a poco de vegetación. Éste es el decorado sobre el que mi vista descansa, en todo momento con los prismáticos a mano, durante las horas que dedico a escribir, cavilando sobre la palabra siguiente, una frase, un giro en el relato. Siempre hay algo que ver en alguna parte --un vencejo que pasa zumbando por delante, una lagartija calentando su fría sangre al sol sobre una piedra, un campesino que rastrilla, alondras cayendo del cielo, una mantis religiosa que aguarda en silencio una presa y nueve avemarías y un padrenuestro después se zampa una mosca despistada, la sombra de una nube que pasa deslizándose por la tierra, una avispa que va construyéndose un nido de papel, un águila culebrera que planea, un agave que florece al cabo de años, un señor mayor que busca espárragos silvestres y escarba entre los arbustos como un indigente en un cubo de basura, un gorrión que alimenta a las crías que acaban de echar a volar-- e incluso, cuando no pasa nada, el panorama siempre está seduciendo mi mirada para que vague sin rumbo a lo lejos, en las profundidades, hasta que una palabra o un giro se me revelan e inclino la cabeza para continuar con mi relato.

Hay días en los que la escritura no quiere arrancar y semanas en las que estoy demasiado atareado como para trabajar concentrado en una novela. Para mantener ágil la muñeca en semejantes ocasiones, tomo notas sobre la naturaleza que me rodea. A veces la acción genera una línea, a veces algunos párrafos, a veces una novela por entregas que dura más de una temporada. Así surgieron las observaciones sobre la naturaleza en *Andalusisch logboek* (Cuaderno andaluz), como también estas noticias. Dan fe de mi pasión por las plantas y los animales, de mi curiosidad por lo desconocido y de mi hambre de conocimiento. Desde que me he trasladado a Andalucía, se ha abierto ante mí un mundo nuevo al que miro un día sí y al otro también con el asombro de un niño, que no con su ingenuidad. Por desgracia, suelo decir, porque de ahí proviene a veces el matiz triste y alarmante de estas noticias. Quisiera estar dando gritos de júbilo constantemente al ver lo fabulosa que es la naturaleza a cada momento --y es lo que hago a menudo--, pero en los seis años que llevo viviendo aquí he visto cambiar, léase empeorar, muchas cosas a mi alrededor, casi sólo por obra

del hombre, que a gran velocidad se apropia y rotura cualquier pedazo de tierra, cualquier porción de bosque, cualquier pendiente, llenándolo todo de plantaciones de aguacates, mangos y olivares, entre los que ya no puede medrar nada más. El número de pájaros disminuye a ojos vistas, desaparecen especies, la vida animal en el suelo, y sobre él, muere una muerte lenta. Por eso, para este libro, fui también a observar, más allá de mi valle, lugares donde la naturaleza tiene aún margen en mayor o menor medida gracias a la acción de ese mismo hombre. Así pude comprobar cómo, con mínimos esfuerzos y una combinación de conocimiento y buena voluntad, se puede conseguir mucho a la hora de hacérselo más fácil a las aves y a otras especies animales, dándoles la posibilidad de establecerse en diversos hábitats, de sentirse a gusto y de reproducirse. Yo mismo, por lo demás, pude experimentarlo ofreciendo a golondrinas y a cernícalos la oportunidad de incubar en nidos artificiales, una ayuda bienvenida de la que han hecho buen uso. De esta manera, albergo todavía alguna esperanza de que estas noticias no se transformen dentro de un tiempo en un documento histórico, sino que seguirán siendo una oda a la belleza de la naturaleza en mi valle y mucho más allá.

Casa Luna y Sol,
Cútar (Málaga)
marzo de 2020

Verano

Los vencejos ejecutan un *ballet* en el aire. Giros elegantes, prolongados planeos, con sus afiladísimas alas van rebanando el cielo en pequeñas láminas.

El viaducto sobre el que discurre la autopista de peaje entre Málaga y Antequera se halla sustentado en el paisaje sobre altas patas y atraviesa el valle de norte a sur. Yo debo seguir hacia el oeste, por debajo. Acabo de dejar La Axarquía a mis espaldas y he estado conduciendo alrededor de la irregular cordillera de Sierra de Camarolos. Éste es otro reino. Menos árido, más amplio, más fértil. Los campos extensos ocupan las suaves laderas de las colinas. Un campesino que esté rastrillando con su tractor deberá trabajar durante días y ni siquiera habrá llegado a labrar una décima parte de sus tierras. Edificación escasa. En Almogía se agrupan las casas como gansos en un prado. Una señal que indica el camino hacia el siguiente pueblo, Villanueva de la Concepción, me recuerda otros pueblos de esta comarca que también llevan Villanueva en el nombre: Villanueva de Cauche, Villanueva del Rosario, Villanueva del Trabuco. Surgieron en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se incentivó a jóvenes familias de Antequera con la promesa de exención de impuestos y del servicio militar para poblar y cultivar el contorno rural.

La carretera dobla hacia el norte y, a través del parabrisas, puedo ver mi destino en el horizonte: El Torcal, una verruga gris sobre la piel desnuda del paisaje. Poco antes de llegar, hay puesta una tirita blanca: Villanueva de la Concepción. Hace mucho, mucho tiempo, aquí y en una gran parte de Andalucía sólo se podía encontrar agua salada: el mar de Tetis. En su fondo, fueron acumulándose con el curso de millones de años los restos de cal de criaturas marinas, moluscos y amonites; encima, el tiempo fue tendiendo una espesa alfombra de arena, hasta que la Tierra se puso en movimiento como un animal pesado y curvó el lomo en este lugar precisamente, resbalando así toda el agua y la arena, y apareció sobre el suelo una masa de piedra caliza con una superficie de más de mil hectáreas, que a la sazón descansaba sobre el fondo del mar, pálida y abombada como un champiñón en un prado. A continuación, el viento, la lluvia y las heladas estuvieron confabulando de nuevo durante muchos cientos de miles de años para labrar milímetro a milímetro el inmenso bloque de cal, la naturaleza como escultor que talló y lijó y pulió, construyendo así un laberinto con salas profundas y amplias como las bodegas de un barco, con portales, pasillos y nichos en los que el visitante puede deambular durante horas o, si se aparta de los senderos, para siempre incluso.

Ya había estado allí dos veces con anterioridad, pero siempre en un mal momento. La primera vez, el artista había ocultado su obra en la niebla. Cuando salí de casa, el sol brillaba y la temperatura era de unos veinticinco grados. Una vez llegado a El Torcal, a mil metros de altitud, apenas podía ver una torta, llovía y hacía frío, así que me puse a tiritar dentro de mi camiseta y mis pantalones cortos. La segunda vez reinaba allí el ajetreo y el bullicio de un parque de atracciones, mientras que yo me había esperado el silencio de un museo. Ni siquiera podía llegarse ya al aparcamiento del centro de interpretación, completo, y en un autobús nos llevaron desde el pie de las montañas hasta arriba. Durante el paseo por el parque no hacía más que tropezar una y otra vez con mi irritación ante el vocerío y el clamor, y todo el mundo quería hacerse fotos por doquier. Tan imperturbables como permanecían las formaciones rocosas, igual de nervioso y agitado estaba yo, deseando avanzar, lejos, tan rápido como fuera posible, pese a que por lo visto estaban floreciendo ya las orquídeas más excepcionales, que en mi fuero interno tenía la esperanza de poder ver; pero mirando al suelo, lo único que veía eran pies pateando.

Hoy tendría que ser distinto. He salido de casa poco después del amanecer para llegar antes de las nueve. El centro de interpretación está todavía cerrado. Al parque se puede acceder siempre a cualquier hora, pero eso es algo que no sabe casi nadie. Las previsiones meteorológicas son favorables y, ahora que pongo proa directamente a El Torcal y que la mole rocosa ocupa cada vez más espacio en el horizonte, veo levantarse las últimas nubes tenues entre las cumbres más altas, donde han pasado la noche ocultas en los anchos desfiladeros. Villanueva de la Concepción está encallada al pie de la sierra, cuyo flanco meridional se muestra como la enorme muralla de una fortaleza con almenas. La carretera recorre el borde del pueblo rozándolo, gira a la derecha y lleva más allá, hacia Antequera. Al cabo de un kilómetro, yo me desvío a la izquierda tomando una curva en forma de U y me dirijo al aparcamiento desde donde el autobús enfila hacia arriba los días de mayor trajín. El aparcamiento está vacío. No hay ni autobuses ni coches. La barrera que da paso a El Torcal está levantada.

La carretera apunta más alto. A mi izquierda se forma el valle, a la derecha yacen esparcidas unas cuantas rocas, detrás de las cuales se hallan los grises acantilados, rectos como la hoja de una azada. La carretera vuelve a girar y pasa algún tiempo antes de darme cuenta de que ya me encuentro en la sierra, que se ha abierto de forma imperceptible. El entorno se transforma. El pórtico. Las rocas se ensanchan. El artista muestra sus primeras creaciones sencillas. Ejercicios de apilamiento. Obra de pulido rudo. Paso con el coche conduciendo despacio. Veo tomillo silvestre, romero, erizo azul, arbustos de hojas rojizas, árboles que se han quedado pequeños, una cabra montés. ¿Una cabra montés? Freno y retrocedo un metro con el coche. Sobre una roca plana, en parte oculta tras un arbusto, hay una cabra montés, en efecto, el cuerpo marrón grisáceo de perfil, la cabeza con ojos saltones girada en mi dirección. Del hocico le cuelga una hebra de hierba seca. Ha dejado de masticar para centrar toda su atención en mi coche. Una segunda cabra montés aparece tras la primera. Son hembras. Tienen los cuernos pequeños. La mayor parte del año, las hembras viven separadas de los machos y se ocupan de sus crías. Y éstas son también, veo de repente, dos crías, y allí una tercera, saltando de una roca a la otra. Y otra hembra. Y una más. Todo un rebaño apenas a diez metros de donde estoy. Espero que, de un momento a otro, saldrán huyendo y echo mano rápidamente de los prismáticos que están en el asiento del copiloto. Lo más peculiar son sus ojos, grandes canicas de un color amarillo anaranjado con una franja negra atravesándolos; alrededor de la cuenca de esos ojos hay un círculo negro, lápiz de ojos, el morro es estrecho, caprino. Las he sorprendido en el silencio de la mañana, aunque ellas no se sientan sorprendidas, porque siguen comiendo otra vez. Las crías arrancan las hojas de los árboles y los ejemplares más adultos rascan la poca hierba del suelo rocoso. Ese rascar puedo oírlo ahora que he bajado la ventanilla. Y también el tictac de las pezuñas sobre las rocas, como bailaoras de flamenco que descargan sobre el suelo sus tacones herrados.

Sigo conduciendo antes de que se presente la multitud. El aparcamiento del centro de interpretación también está vacío, con la excepción de una vieja furgoneta transformada en

autocaravana. Una pareja debe de haber pasado aquí la noche para ver las estrellas., ya que no hay ningún lugar en el amplio entorno tan oscuro como El Torcal. Junto al centro de interpretación hay un observatorio que suele organizar con frecuencia sesiones de avistamiento y paseos guiados a la luz de la luna. Durante el día puedes participar en más paseos temáticos: una ruta de los cinco sentidos, una ruta para niños —llamada safari— y una ruta por el laberinto para liberarse del estrés diario, el ruido y otros problemas. «A veces tenemos que perdernos para volver a encontrarnos a nosotros mismos», reza el texto publicitario. Hoy en día todo debe tener una finalidad. Todo ha de convertirse en vivencia.

Bajo del coche y me pongo a escuchar. Es tan grande el silencio que puedo oír a alguien dándose la vuelta en el colchón dentro de la autocaravana. Algo murmura. Pero hay otro sonido. Procede del otro lado del aparcamiento. Deslizamiento. Masticación. Por entre las rocas van desplazándose dos reses de un marrón rojizo, tan grandes como bueyes. Ahora me llaman la atención también las boñigas de vaca en la carretera. Y, de repente, alguien grita. *¡Jeya, yup, yup, jeya!* Un látigo restalla. De la nada aparece un viejo pastor caminando por la carretera, la gorra calada, un cayado en una mano y un pequeño látigo en la otra. *¡Jeya, jeya!* Habla un idioma animal distinto y más vigoroso que los cabreros o los ovejeros de mi valle. Estas reses son maquinarias lentas, torpes y pesadas. Muy en contra de su voluntad, permiten que se las siga guiando más hacia el interior del paisaje rocoso, lejos del aparcamiento. Tan pronto como desaparecen de la vista, el pastor comienza a cantar; una égloga, supongo, porque suena más alegre que cualquier canción flamenca; este hombre está saludando al día, a las cosas, a la vida.

Decido comenzar la expedición. El sendero empieza junto al aparcamiento. Intento no pensar en todos aquellos que me precedieron, tampoco en mis dos visitas anteriores, quiero ser ignorante, ingenuo, quiero ser dentro de un instante el primer hombre que haya estado nunca aquí, y a esto contribuye bastante el hecho de que en este momento a nadie se le ha ocurrido el mismo plan; el vaquero ha desaparecido, la pareja de la autocaravana sigue durmiendo otra vez, no ha llegado ningún coche más. También resulta de ayuda que el sendero lleve por un pasadizo estrecho. El presente queda atrás, con cada paso que doy desaparecen mil años, cuatro pasos más y nadie habrá escrito nunca sobre este lugar, cuarenta pasos más y nadie habrá contado nunca nada sobre este lugar. El camino asciende ligeramente, las rocas empiezan ya a adoptar formas. He leído que en algún sitio debe haber un Camello, una Esfinge, una Jarra, un Vigilante, un Dragón... papiroflexia con piedras.

Rodeo la enésima roca y, de repente, me encuentro en una catedral, no en la planta baja, sino en el coro alto. Ante mí, en las profundidades, se extiende la nave enorme con los altos muros alrededor, diseñados por un antepasado de Gaudí, nada es recto o anguloso; líneas curvas, formas elípticas, ornamentos por doquier, sólo falta el tejado; ésta es también una obra de arte inconclusa.

El sendero desciende hacia la nave. Parece como si estuviera entrando a un belén, una animada escena navideña con casas y pequeños senderos y árboles y, además de imágenes de la Sagrada Familia y los Reyes Magos y los pastores, también decenas de figuras distintas, tales como el pescador, el panadero, el afilador, el aguador, el zapatero y el caganer, un hombrecillo cagando, escondido en algún rincón. De momento, sólo está el decorado, todavía no es Navidad, los Reyes Magos ni siquiera han salido de Oriente, pero sí que vuelve a haber cabras monteses, apenas a cinco metros de distancia, tres, cuatro, cinco, aún más, otra vez hembras y sus crías; ellas también siguen el sendero señalizado. Voy caminando despacio tras ellas. Aunque me ven, continúan su marcha, impasibles. Soy de veras el primer hombre sobre la tierra, todavía no conocen el miedo a mi especie. Aunque puede que me equivoque, porque en seguida abandonan el sendero y desaparecen entre las rocas y los arbustos, como también aquel otro grupo de cabras monteses que ahora veo pasar a lo lejos. Llevan llamativos cuernos no ramificados, ligeramente curvados hacia atrás, un rebaño de machos. Ellos desaparecen igualmente de escena, entre bastidores, como si supieran que dentro de escasos instantes el público subirá en masa al escenario.

Sigo de nuevo por el sendero, en pequeños postes y en piedras hay pintadas flechas amarillas que hacen mella en mi ilusión. Naturalmente, ya me han precedido decenas de miles de personas. Puedo verlo también en las piedras del suelo, donde la cantidad de pies que lo han hollado hace que brillen, como el miembro de una estatua broncea perteneciente a un santo que, si lo tocas, promete el milagro de la sanación de un enfermo, el advenimiento de una fortuna o un embarazo largamente deseado.

En cualquier caso, este paisaje es un milagro. Rocas como nubes solidificadas. El niño en mi interior encuentra la Esfinge, la Jarra y allí... ¿sería ése el Vigilante? Y tras cada recodo surgen nuevos panoramas, otros *skylines* de otros arquitectos, más altos, más grandes, más locos. Todo se halla en grado superlativo y por todas partes se ven apiladas unas piedras sobre otras, una se balancea sobre la otra, un juego a ver quién puede hacer la pila más alta, como niños jugando en una playa de guijarros. Pero esto también es una ilusión. Aquí nada es lo que parece. Lo que hay aquí es lo que ha sobrado. En su día, estos bloques eran de una sola pieza. La roca blanda fue desgastándose y la roca dura fue lo que quedó. Los geólogos hablan de diaclasas, oolitos, brecha, karst, rocas clásticas. Aprecian de un solo vistazo el remoto tiempo pasado --el Cenozoico, el Mesozoico, el Paleozoico-- y no se fijan en si hay unos cientos de años de más o de menos. Para ellos ésta es la prueba de que la Tierra no se creó en un par de días y yo también quiero creerlo, aunque es muy tentadora la idea de que aquí han estado obrando manos divinas. Al séptimo día, Dios descansó y se puso a apilar piedras en El Torcal para combatir el aburrimiento.

No tengo tiempo de aburrirme. Hay animación de continuo, un mirlo que sale disparado, una zarza que ofrece sus bayas, una cueva que quiere atraerme a su interior, buitres leonados ejecutando en lo más alto del cielo una danza circular medieval, una tarabilla común que me persigue y, a cada momento, he de prestar atención para no tropezar, no equivocarme de sendero, porque mi teléfono no tiene cobertura aquí; sea como fuere, he venido a parar a una era analógica.

Para el mar de flores he llegado demasiado tarde. Los lirios de invierno, los narcisos, las orquídeas espejo y las orquídeas abeja, las bocas de dragón, las peonías y las rosas caninas, múltiples especies, múltiples colores, comunes, escasas, todo es ahora semilla durmiendo hasta la primavera siguiente. Tampoco veré hoy los fósiles siempre presentes, los animales marinos atrapados en piedra para la eternidad, los moldes tridimensionales de amonites, los corales corniformes y flabeliformes, planos como algas... esta ruta mantiene al senderista lejos de ellos, el *Homo sapiens* es y sigue siendo un cazador-recolector. Sólo en compañía de un guía se te permite descubrir los mayores secretos de este museo arqueológico. Y para eso hay que ir también acompañado de otras personas, el rebaño, y no me apetece nada. No hay mejor sensación que poder caminar por aquí solo, como el primer hombre, no, como el último hombre sobre la Tierra. Pero ¿estoy oyendo ahora voces? ¿Ya es tan tarde? Naturalmente, una hora en este lugar no significa nada. ¿Debería apartarme del sendero? ¿Ir en pos de las cabras monteses? ¿Perderme para luego volver a encontrarme? Esa idea es tentadora, y más incluso ahora que vuelve a aparecer en mi campo visual el centro de interpretación, donde acaba de bajarse de la bicicleta con mucha ostentación y bullicio una docena de ciclistas, ataviados con trajes amarillos y rosas fluorescentes.

Un grupo de verdicillos va de arbusto en arbusto. Manchas amarillas por todas partes, como si me hubiera pasado demasiado tiempo mirando al sol.

Invierno

Principios de enero y ya florecen los almendros. Al menos con tres semanas de antelación.

La floración de los almendros es una fiesta anual para la vista. En el entorno inmediato son sobre todo viejos árboles aislados, con troncos retorcidos y copas anchas. Llamen la atención desde lejos, tanto más porque raras veces florecen tímidamente. Están sobrecargados de flores que van

del blanco hasta el rosa; incluso en las noches más oscuras, los árboles siguen clareando en la opacidad de un campo desierto. Todavía no tienen ninguna hoja en las ramas, sólo esas flores que pueden resplandecer de esta manera a plenitud sin que las moleste ninguna sombra.

Recuerdo muy bien que, hace dos años, habían venido de visita mi editor Emile y su esposa Ellen. Una mañana de invierno dimos un paseo con el coche por las montañas que se encuentran a media hora de aquí. En Arenas íbamos descendiendo hacia la costa cuando, de repente, nos hallamos en mitad de un valle repleto de almendros en flor. Era un día soleado pero fresco. El cielo estaba teñido de un azul invernal y debajo pendía el resplandor de miles y miles de flores de un blanco rosado. Aparqué el coche en el arcén de la carretera. Bajamos y nos pusimos a mirar a nuestro alrededor. Nadie era capaz de articular palabra. Cogidos por sorpresa. Fascinados. Allá donde dirigiéramos la mirada, veíamos relucir almendros con su traje de baile más bello. Y no se oía ningún ruido por ninguna parte. Esplendor silencioso.

Llevábamos allí unos diez minutos cuando empezó a levantarse el viento y se puso a recolectar los pétalos de los árboles y a esparcirlos en derredor. Una nevada de copos rosas que bailaban rodeando nuestras cabezas. Era algo insuperable. Alguien decidió entonces que continuáramos el camino. Fui yo. Después de todo, siempre me guardo de ser demasiado ansioso. No está bien prolongar los momentos de belleza inesperada... porque así seguirán reverberando por más tiempo, como todavía siguen reverberando ahora, al cabo de dos años.

Todo el valle titila de jilgueros cantarines

Una alfombra mágica vuela por el valle. Es más ancha que larga. Blanca con franjas transversales de color negro parduzco. Con nudos sueltos. El águila culebrera ha regresado de su residencia invernal africana. Es pronto. Pero sus presas ya han despertado también de su hibernación. Ayer vi a mis pies cómo una lagartija salía disparada para meterse en un matorral y, en la carretera, yacía atropellada una culebra de escalera.

No es de extrañar que, de momento, todo esté ya rebosante de vida. Es el invierno más suave que he tenido aquí. Sobre todo febrero ha sido excepcionalmente suave. En los años anteriores siempre era el mes más desagradable. El mobiliario de jardín se quedaba semanas enteras sin utilizar. Las cosas que el viento podía llevarse ya hacía tiempo que las había sujetado o las había metido en casa. El terral merodeaba con regularidad. Este invierno hemos estado almorzando casi todos los días en la terraza, en camiseta. Al viento se le ha puesto freno y los veinticinco grados de temperatura no han sido ninguna excepción. Y desde que Gloria pasó por aquí, ya no ha vuelto a caer ni una gota de lluvia más.

Extremadura

(..) Entre tanto, son más de las seis. El sol está bajo. Le he preguntado a la guía por el lugar donde pasan la noche las grullas e hizo un amplio movimiento con el brazo, allí y en todas partes y en ninguna parte, dispersas por tanto, en número cada vez menor. Inténtalo allá, dijo de nuevo con un gesto indeterminado, por lo que ese «allá» me lleva a lo largo de un sendero fangoso lleno de baches y con charcos que van siendo cada vez más hondos. Doy la vuelta antes de quedarme atascado y tomo de nuevo la carretera principal, con dirección indeterminada en esta ocasión, la ventanilla del coche un poco bajada, confiando en captar por encima del motor los sonidos trompeteros de las grullas, como si fueran una bocina de bruma que llevara a su encuentro. Aquí y allá descubro algunos grupitos de grullas, pero raras veces son más de diez ejemplares. Están escarbando para recopilar la cena; a la luz tardía del sol rojo, parecen flamencos.

Luego, en una curva poco cerrada, a mi derecha, veo a lo lejos una gran masa de color gris claro en un campo, como una neblina que todo lo cubre. Apenas lo he podido atisbar, porque los arbustos que jalonan la carretera impiden en gran parte la visión. No dudo ni un segundo, freno y tuerzo por el primer camino de tierra que corre paralelo a la carretera principal y termina

repentinamente al cabo de unos diez metros en la parte de arriba de un puente que está fuera de servicio. No puedo continuar y tampoco es necesario, porque ante mí se abre por completo el campo en forma de abanico. Una enorme masa de grullas se ha juntado allí, deben de ser más de mil. Tan pronto como abro la puerta del coche, empiezan a crecer los gritos, cientos de voces entremezcladas, unos bocinazos de mil demonis, parecen *hooligans* que saltan al campo después de haber ganado un partido de fútbol. Y al grupo se unen más grullas procedentes de todas partes. Llegan volando en pequeñas formaciones. Anuncian su llegada por megáfono. Quieren participar en la fiesta a la mayor brevedad posible. Algunas se dejan caer en medio del montón batiendo las alas, otras se conforman con un lugar pequeño a un lado y recorren los metros que faltaban en un desfile... se une la fanfarria. Ya no miro por los prismáticos. No quiero perder la perspectiva. Es como si alguien estuviera abriendo continuamente jaulas con grullas detrás del horizonte y las echara a volar dando palmadas, tantas eran las que llegaban volando desde todos los puntos cardinales. Sin embargo, tengo mis dudas de que éste sea el lugar donde vienen a aselar. El campo no está cubierto de agua, ni siquiera hay charcos. La noche aquí no se halla exenta de peligro furtivo. Pero quizá me equivoque, porque también ahora que el crepúsculo deja caer un lienzo de tela fina sobre el paisaje, siguen uniéndose a la multitud pequeños grupos de dos o tres ejemplares. Entre tanto, calculo su número en más de tres mil. El aire se llena de estruendo. Una orquesta sinfónica que está afinando los instrumentos antes de comenzar un concierto. Y luego, de repente, como si realmente en algún lugar un director hubiera puesto en movimiento sus brazos levantados rígidamente, cientos y cientos de grullas alzan el vuelo a la vez, gritando, chillando, trompeteando, el foso de la orquesta en pleno se pone a volar, sigue la banda, la fanfarria, el cielo se oscurece, todo es revoloteo de alas, es un espectáculo que no tiene parangón, una nave espacial extraterrestre que se desprende del suelo con un enorme alboroto y parte para siempre. Miro hacia arriba con lágrimas en los ojos y veo cómo la bandada vuelve a disgregarse otra vez en grupos pequeños que salen volando en todas direcciones y, en breve, empezarán a descender para posarse fuera de mi campo de visión en otro sitio tras el horizonte, en un lugar adecuado para dormir en este hotel rural que cada año va contando con menos habitaciones, con menos camas.
